

## FUIMOS AL TEATRO

Por  
A. R.

DEBE VERSE:

## EL DIARIO DE ANA FRANK

Adaptación escénica de Frances Goodrich y Albert Hackett. Traducción de Clara Madero. Dirección de Antonio Larreta. Escenografía de José Echave. Efectos sonoros de Jorge Escardó. Iluminación de Juan Carlos García. Elenco de la Comedia Nacional, en el Teatro Solís.

La cordada ovación con que se clausuró la representación de ayer era el justo premio a una afinada y cálida versión teatral; el homenaje a un pequeño ser ya mítico llamado Ana Frank, en quien el público del mundo entero ve simbolizadas sus más nobles aspiraciones; el desahogo de una sala que vivió angustiosamente esta historia real y próxima y que participó de ella con un doloroso estremecimiento.

Al presentar esta pieza la Comedia Nacional ha cumplido con uno de sus cometidos más explícitos, y en cierto sentido ha pagado la deuda que contrajera con nuestro público. El más amplio, para el cual era impostergable el conocimiento de este documento de nuestro tiempo, ya que uno más reducido había conocido la magistral versión del equipo italiano de "los jóvenes" y la del teatro judío de Buenos Aires.

El legítimo valor de esta obra radica en la transmisión de una historia que se sabe que es de verdad, y que pone en juego los mejores valores humanos enfrentados a la más atroz de las situaciones. El público, más allá de la estructuración dramática que le propone la pieza, capta la humanidad sensible de los personajes, en especial la admirable Ana Frank; se adentró en esa breve síntesis de lo que fue la cruel existencia de millones de hombres bajo el horror fascista; se siente reconfortado porque encuentra aquí la defensa de una conciencia moral que le parece el único dique contra el desborde de la barbarie. Pero si tuviera que detenerse en el análisis más frío de la obra que tiene delante, encontraría que Goodrich y Hackett solo demuestran conocer bien la mecánica del drama típico americano, donde se dosifica con habilidad el sentimentalismo, la expectativa, la comicidad y la angustia, y que a causa de ese conocimiento profesional de la cocina teatral resultan ingeniosos fabricantes, y no verdaderos creadores. Se podría decir que esa naturalidad de la que deriva el acento convincente de la obra, reposa sobre una extremada artificiosidad, y sobre una simplificación de las reacciones humanas que ni siquiera puede cargarse a la visión infantil de Ana Frank, ya que con respecto al original del diario, la adaptación nos resulta dulzona y superficializadora.

Pero ya dijimos que el "público va a conocer la historia viva, y debe reconocer en la pieza una sabiduría del oficio dramático que permite este conocimiento directo sin entorpecerlo ni desfigurarlo demasiado. No estamos en presencia de una gran obra, pero sí de un espléndido reportaje sobre la verdad.

La Comedia no se arredró ante la fatal comparación con el espectáculo de la compañía italiana de "los jóvenes", más fatal por tratarse de un texto muy marcado que no admite excesivas variantes en la puesta en escena ni en la tipificación de los personajes. Su labor es parejamente eficiente, demuestra la competencia del elenco y la destreza de un excelente director.

Antonio Larreta hizo aquí una demostración de oficio, atendiendo pulcramente a los innumerables problemas de una puesta en escena compleja y a la elaboración dúctil de los actores. No trabajaba un texto de los que le atraen particularmente —donde la exigencia artística es mayor y el riesgo de la invención más declarado— de modo que no dió la pauta de su sensibilidad estética, sino más bien de su conocimiento seguro de los recursos de la escena, del ajuste de los efectos, y en particular de la adecuación de los actores dentro de una homogénea línea interpretativa. En sus manos la obra evocó más acusadamente la comedia dramática americana que es en realidad, y salvo ciertas lentitudes que pesan y algunas leves faltas en la coordinación seguida de las escenas, que pueden considerarse tropiezos menores de estreno, hubo una sistematización inteligente de las escenas, jerarquizándolas, y oreando los suspensos adecuados. Más difícil fue el hallazgo de una tonalidad, esa difícil naturalidad de la que surge



ANA FRANK: "A pesar de todo creo en la bondad del ser humano"

la emoción contagiosa. Si faltó misterio, si no se alcanzó un lirismo envolvente, ello puede explicarse por la respetuosa sujeción al texto, que en su traducción española pareció tan pobre.

Los actores tuvieron un rendimiento parejo, e hicieron sus papeles con evidente amor. Sería injusto compararlos con los italianos, como sería injusto comparar el espectáculo todo con aquella versión magistral. Más atinado parece señalar la considerable superación demostrada con respecto a otros espectáculos de la Comedia.

Cristina Lagorio tuvo aquí su oportunidad que no desaprovechó. Actuaciones anteriores —en especial en Las del Barranco— habían demostrado su creciente capacitación de actriz, subrayada por su personal encanto y simpatía escénicas. Su Ana Frank prueba también su tesón: dió una imagen seductora, algo apresurada quizás, algo añorada también, de la protagonista; era un duro compromiso el que asumía, —a pesar de que contaría con un público enteramente dispuesto a su favor— porque la obra le exige drama, comedia, coquetería, sentimentalismo, en sucesión continuada. Su trabajo tuvo asperezas, cierta falta de comunicativa emoción en la voz, pero no obstante ello atrapó a una sala que la siguió con devoción. Junto a ella fue siempre excelente, sensible, ajustado, con una flexibilidad expresiva de calidad, Juan Jones: las primeras escenas de su Peter, más que las violencias finales, cuentan entre lo mejor de una actuación en constante progreso.

Maruja Santullo y Concepción Zorrilla compusieron con sobriedad y con atención de todos los detalles, sus respectivas madres, como podía esperarse de su reconocida pericia. Alberto Candéau dominó la escena sin esfuerzo, y su sola presencia apacible estableció el eje sobre el cual descansó la obra, más que sobre la propia Ana Frank. Los demás demostraron corrección, con una composición patética de Triador, pero en el haber de todos hay que poner algo fundamental: la fluencia continuada y armoniosa de todo el espectáculo, que transcurre en cinco escenarios abiertos, con una decena de actores que deben ajustar mutuamente sus gestos a telón abierto. Se lo consiguió en forma que demuestra una tarea intensa y devota por la creación artística.

El escenario de Echave, sobre la planta tipo, estuvo bien realizado y fue justo de color. Contó con una iluminación nueva y llamativa, más tratándose del Solís. El vestuario fue bien seleccionado, salvo algunos casos en que pareció demasiado rico.

Un espectáculo que debe ver el mayor público.